

den. Entonces fué cuando dejando el sobrenombre de S. Matías, tomó el de JUAN DE LA CRUZ, que, como se ha dicho, hacia su verdadero carácter. Y este fué el nacimiento de esta célebre congregación religiosa, aprobada inmediatamente por el papa Pío V, y confirmada el año 1580 por Gregorio XIII, á la que se da el nombre de Carmelitas Descalzos, porque llevan los pies descalzos.

Viéndose S. Juan de la Cruz superior inmediato del convento, aumentó sus pasadas austeridades. Sus mortificaciones eran tan grandes, que Sta. Teresa se vió precisada á ordenarle las moderase; que no prosiguiese en andar sin sandalias; arregló sus abstinencias y sus ayunos, y puso límites á sus demás austeridades. Describiendo la Santa este primer convento de su reforma, dice así: «Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí, y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras! nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que estaba en ella pegada una imagen de papel con un Cristo que parecía ponía mas devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desvan, que por mitad estaba alto que podían decir las horas, mas habíanse de bajar mucho para entrar y para oír misa. Tenía á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas, adonde no podían estar sino sentados ó echados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba en la cabeza, con dos ventanillas al altar, y dos piedras por cabecera, y allí sus cruces y calaveras. Supe que despues que acababan maitines hasta prima, no se tornaban á ir, sino allí se estaban en oración, que la tenían muy grande, y les acaccia ir con harta nieve los hábitos, y no lo haber sentido. Iban á predicar á muchos lugares que estaban por allí comarcanos sin ninguna doctrina.... En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que á mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban, como dije, legua y media á predicar, y dos leguas, descalzos, y con harta nieve y frío: y despues que habían confesado y predicado, se tornaban á comer á su casa bien tarde; con el contento todo se les hacia poco.... Pues como yo ví aquella casita (que poco antes no se podía estar en ella) con un espíritu que á cada parte que miraba, hallaba con que me edificar; y entendí de la manera que vivían, y con la mortificación y oración y buen ejemplo que daban.... no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor por parecerme que vía comenzado un principio para gran aprovechamiento de nuestra

orden, y servicio de nuestro Señor.... Los mercaderes que habían ido conmigo, me decían que por todo el mundo no quisieran dejar de haber ido allí. Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma.» Por este testimonio de Sta. Teresa se echa de ver la virtud del santo Fr. Juan, fundador y padre de aquella casa. Este convento de Duruelo se trasladó al de Mancera el día 2 de junio del año 1570.

El admirable amor á la cruz de nuestro Santo no podía ocultarse en ningún acto suyo, y meditando continuamente en la cruz fué como su alma adelantaba tanto en la perfección: porque el amor le hacia desear parecerse á su Redentor en lo crucificado con toda especie de humillaciones y penalidades; y Dios que quería purificar su alma de toda la escoria de los afectos terrenos, permitió que pasase por lo crucificable con tribulaciones y pruebas interiores de su espíritu y constancia, que es la ordinaria providencia con que Dios conduce á las almas que desea elevar á sí, con un grado de santidad eminente, y ricos dones de abundantes gracias.

San Juan despues de haber gustado las primeras delicias de la contemplación, se halló privado de toda sensible devoción: cuya sequedad espiritual fué seguida de una turbación interior de ánimo, de escrúpulos, de desabrimientos en el ejercicio espiritual, que por mas que hacia no podía vencer ni desechar. Admirablemente describe lo que un alma pasa en este estado en su libro titulado: *Noche oscura*. Por esta interior desolación pasan por lo comun las almas contemplativas antes de prepararse á recibir la comunicación de las gracias especiales de Dios. Por medio de ella obtuvo el Santo una perfecta pobreza y pureza de espíritu, se libertó de todas las refinadas pasiones de amor propio; y adquirió una conformidad escelente á la voluntad santa del Señor, que solo puede fundarse sobre las ruinas de la propia voluntad, sobre una paciencia heróica, y sobre una animosa perseverancia. Poco tiempo despues cierto rayo de luz celestial, cierto consuelo y suavidad desvaneció estas nieblas, y trasladó el alma del siervo de Dios al paraíso de una delicia interior, y de una dulzura celestial y divina. A esta tribulación sucedió otra interior de mayor esterilidad espiritual, acompañada de sentimientos y tentaciones, en que parecia haberle Dios abandonado; y estar del todo sordo á sus lágrimas y suspiros. Era tan violenta su tristeza en este estado de privación, que llegó á temerse morir de melancolía, á no haberle soportado la divina gracia. Pero en la calma gustosa que siguió á esta terrible tempestad fué abundantemente re-

compensado con consuelo divino de los favores celestiales. Rodeado de una nueva luz vió las incomparables ventajas del padecer, especialmente con tribulaciones interiores; vió cuan purificada quedaba el alma con aquellas tentaciones; principió á gozar de la continua presencia de Dios, y á sentir en su corazón el amor mas suave y dulce á aquel Señor; con un deseo vehemente de imitar á Cristo en sus tormentos, y de servir á su prójimo por su amor: hallaba ya en sí un valor invencible, gozaba de una paz soberana, y era muchas veces elevado á la divina union del amor divino, que es la mas sublime en la contemplacion celestial. Este amor en que ardia su corazón iba muchas veces acompañado de un exceso de alegría espiritual, en que sentia su alma penetrada de regocijo, y como anegada en un torrente de impetuosas delicias; pero al mismo tiempo con un dolor que él llamaba la herida del amor. Explica él esto mismo diciendo, que el alma se parece á si misma estar herida con repetidas flechas del amor, y un fuego que la consume y abrasa, inflamándose hasta el punto de salir fuera de sí, y parecerle ser ya una nueva criatura.

Esparcíase la fama de los Descalzos por aquella tierra, y de todas partes acudían muchos á pedir el hábito. Fundáronse luego las casas de Pastrana, de Salamanca y otras, con lo cual fué estendiéndose la santa Reforma. Y viendo Sta. Teresa los copiosos frutos que hacia el siervo de Dios en las casas de sus religiosos, quiso fuese tambien el director de sus hijas, lo que ejecutó con tanto fruto, que asegura Sta. Teresa que en menos de un mes las mas obstinadas en no querer reformarse, fueron las que mas solicitaron y procuraron la reforma.

Hubiera sido difícil hacer menos progresos en la vida espiritual bajo un tan santo y tan hábil director. Tenia un don particular para discernir los espíritus, y hacer evitar los lazos del demonio, para descubrir las ilusiones del corazón y del entendimiento; quizá no hubo jamás padre espiritual que supiese mejor el arte de vencer todas las tentaciones, y de curar todas las enfermedades del alma.

Así el demonio hizo cuanto pudo por vengarse de un enemigo que le quitaba todos los días tantos despojos; y no pudiendo ganar nada con las mas violentas tentaciones, se sirvió de la insolencia de una doncella, y de una viuda jóven para amancillar su pureza; mas esta astucia solo sirvió para mas acrisolarle, y hacer gloriosa en sus victorias la gracia de nuestro Señor. A una de las mayores tribulaciones que padeció el siervo de Dios, dieron ocasion sus propios hermanos, y sus propios hijos; esto es, los antiguos religiosos que habia dejado, y los que habian formado se-

gun el instituto de la estrecha observancia. Los primeros miraron su reforma como una rebelion contra los superiores regulares de la órden, y su retiro como una criminal desercion. Acrecentáronse mucho mas los disgustos y hasta las persecuciones, cuando los Descalzos congregados en Almodovar á 8 de agosto de 1576 pidieron al papa prelado de su misma profesion, descalzo, que los gobernase, conforme á lo mandado por el concilio de Trento. De resultas de este y otros sucesos condenaron á S. Juan por fugitivo y apóstata. Tomada esta resolucion enviaron ministros que, quebrantando las puertas, prendiesen á nuestro Santo, y le condujesen á la cárcel del convento. Súpose despues que al siervo de Dios le habian llevado al convento de Toledo, recelosos sus perseguidores de la veneracion que todo el pueblo de Avila profesaba á su persona. Allí fué gravemente probada su fidelidad á la vocacion del Señor; mas todo sirvió para acrisolar y hacer gloriosa en sus victorias la gracia de Dios, pues cuando estaba en mayor apretura, encontró paz abundantísima y regalos indecibles de nuestro Señor, que ahogaban en su ánimo todo desabrimiento y amargura, y le infundian nueva ansia de padecer.

Con el auxilio divino salió una noche de la cárcel del convento de Toledo sin ser sentido, y refugióse al convento de las Carmelitas descalzas. En la junta que luego tuvieron los Descalzos en Almodovar, le eligieron prelado del Calvario. Estaba este convento á dos leguas de Veas en una punta de Sierra Morena no léjos de la de Segura, casa muy solitaria y devota. Vivian aquellos religiosos con gran perfeccion; el siervo de Dios iba delante de todos en todo: allí renovó las penitencias suyas antiguas, la escasa y pobre comida, las vigiliás, la túnica de esparto, las cadenas, las disciplinas y otros instrumentos y ejercicios de penitencia con que maceraba no ya sus carnes, sino los huesos vestidos solo de la piel. Aligerado de esta suerte su espíritu, volaba al cielo, andaba enajenado siempre y absorto en la contemplacion de las cosas divinas; salíale á la cara el fuego de la caridad que le tenia abrasado. En esta sabiduría deseaba él ver aprovechados y medrados á sus súbditos. Haciales á este propósito frecuentes pláticas, examinaba sus conciencias, tomábales cuenta de su aprovechamiento, corregíalos con amor de padre, dábales saludables documentos y avisos para que con mayor ánimo corriesen por la senda estrecha.

En esta soledad fué consultado de muchas gentes que trataban de mejorar de vida, y de adelantar en la perfeccion evangélica. Aquí comenzó á escribir sus tratados místicos, justamente estimados de quien sabe apreciar el órden del amor. Del Calvario partió

á fundar el colegio de Baeza, de donde salieron varones de esclarecida piedad, frutos del zelo con que el siervo de Dios dejó en él establecida la Reforma. Despues del capítulo que se celebró en Alcalá á principios de marzo del año 1581, fué electo prior del convento de Granada. Mostróse siempre en su gobierno regular y suave, sin demasiado cuidado de lo temporal: lo espiritual se llevaba casi toda su atencion. Cansaba poco al pueblo con demandas, fiaba mucho en la proteccion de Dios; contentábase con que hubiese de lo necesario una medianía. Las fiestas solemnes celebraba sin ruido, aborrecia las músicas y demasias que inquietan y distraen, cuidaba que á Dios se diese culto con espíritu y devocion.

Cuando la provincia de la Reforma se dividió en cuatro distritos, que fué en el capítulo comenzado en Lisboa y acabado en Pastrana por los años 1585, fué electo nuestro Santo visitador del distrito de Andalucia. Mostró en este oficio gran zelo por la observancia regular acompañado de prudencia. En estas visitas caminaba sin provision, sin comodidad, su ansia era no desfallecer en el órden de la vida penitente que habia vivido hasta entonces. Hizo muchas fundaciones, con cuyos trabajos interpolaba la oracion y el ejercicio de escribir los tratados muy piadosos que luego se imprimieron. Despues tuvo otras prelacias y oficios de la órden, y á él se debió la fundacion del colegio de Segovia.

En el último tercio de su vida fué probado con nuevos trabajos. Permitió Dios para mayor gloria de su siervo que algunos superiores de la misma Reforma le persiguiesen y acriminasen de delitos que no cometió, ni siquiera le pasaron por la cabeza: le escluyeron de toda prelacia, le desterraron al desierto de Peñuela, en las montañas de la Sierra Morena, y aun resolvieron enviarle á Indias. El Santo encomendaba á Dios su inocencia, y no quiso hacer ni consintió se hiciese diligencia alguna en su defensa; al contrario, decia que merecian sus culpas muchos mayores castigos. Dios volvió por su causa: los prelados de su órden mandaron quemar la informacion que contra el Santo se habia hecho, y castigaron al promotor de este daño.

Probada así su fidelidad, le envió Dios una enfermedad larga y penosa. Conociendo el provincial que el aire del desierto de Peñuela le era contrario, ordenó fuese trasportado á otro convento; y habiéndole dejado á él la eleccion, como él deseaba padecer, prefirió el de Ubeda, porque tenia por prior al padre Fr. Francisco Crisóstomo, otro de los que hicieron sus informaciones contra él con mas acrimonia: aquí encontró la cruz que buscaba. Todo su cuerpo se cubrió de úlceras, teniendo cuatro

ó cinco apostemas formadas por dentro en forma de cruz. No se puede imaginar sin estremecerse, lo que este hombre de cruz sufrió en el discurso de su enfermedad: á la multitud y rigor de sus males, que hicieron de él un varon de dolores, escedia su admirable paciencia; nada fué capaz de alterar su tranquilidad, su gozo, y su constancia. Al dolor del cuerpo se añadía la dureza del prior. Sus visitas eran de juez, sus palabras de apasionado, y sus obras tan estremadas, que echando la llave á su rigor, y el Santo á su sufrimiento, porque supo que los religiosos censuraban su conducta, mandó que ninguno entrase en la celda del enfermo. No pudo tan ejemplar paciencia y santidad estar oculta mucho tiempo: publicáronla cirajanos y religiosos, con que se movieron muchas personas devotas á acudir al siervo de Dios. Avisado el padre provincial de cuanto pasaba, vino á toda prisa, é informado del estado de la enfermedad y sequedades del prior, despues de haber reprendido á éste ásperamente por su falta de caridad, dijo: «Abran, padres, esas puertas, para que no solo los religiosos, sino los seglares entren á ver este espectáculo de santidad, y queden admirados con su admirable paciencia.» Trueno y rayo fueron estas palabras del zelo y caridad del venerable provincial, que juntamente atemorizaron y alumbraron al prior, el cual comenzó á venerar al que antes perseguia; y postrado á sus pies, no solo le pidió muchas veces perdon, sino que le pidió sus instrucciones para el gobierno de su comunidad, y en adelante predicó sus alabanzas. Pero como el santo hombre no queria bajar de la cruz, cumpliéndole Dios sus deseos, mezcló este corto gozo de penas, las que no acabaron sino con su vida. Este hábil maestro de la vida espiritual las toleró con resignacion: la vista de Jesucristo crucificado era todo su consuelo. Finalmente, despues de haber recibido los últimos sacramentos con gran fervor, lleno de confianza en su Salvador, y en la proteccion de la santísima Virgen, pronunciando los santos nombres de Jesus y María, dió tranquilamente su último aliento besando la cruz. Esta muerte preciosa sucedió en Ubeda á 14 de diciembre del año de 1591 á los cuarenta y nueve de su edad y veinte y ocho de religioso: los veinte y tres últimos empleó en la reforma de los Descalzos, de la cual fué padre y maestro.

Dios no difirió un momento el manifestar la gloria inmensa de su siervo. Apenas espiró, se vió un globo luminoso al rededor de su cabeza, que deslumbró á todos los asistentes. El suave olor que se derramó al instante, no solo en el cuarto, sino por todo el convento, no fué la menor de aquel gran número de

maravillas que manifestaron la infinita felicidad que gozaba en el cielo, y valimiento que tenia con Dios en la gloria. Su cuerpo fué enterrado con mucha pompa en Ubeda, y se encontró entero y sin alguna corrupcion al cabo de un año, cuando se abrió su sepulcro. Habiendo sido trasladado secretamente este tesoro á Segovia, el papa Clemente VIII en breve dado á 15 de diciembre de 1596, á instancia de la ciudad de Ubeda, le mandó restituir á su primer sepulcro. Por evitar el desabrimento que por esta causa podia originarse entre Ubeda y Segovia, dispusieron los prelados de la orden, con acuerdo de entrambas ciudades, que además de la pierna que quedó en Ubeda cuando se hizo la traslacion, se les diese otra pierna y un brazo. El otro brazo se lo cortaron en Madrid cuando le traian de Ubeda, y está ahora (ó estaba antes de los últimos sucesos políticos) en el convento de las monjas de Medina del Campo. Tenemos de este sabio maestro de la vida espiritual algunas escelentes obras místicas, compuestas en español y traducidas en muchas lenguas, como la *Suvida al monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*, la *Viva llama del amor*, y el *Cántico del divino amor*, en el cual este santo contemplativo hace su retrato y muestra su verdadero carácter. Hizo el siervo de Dios grandes milagros en vida y despues de muerto. El papa Clemente X le beatificó á los 6 de octubre del año de 1674 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos; la santidad de Benedicto XIII le canonizó á 27 de diciembre del año de 1726: y á 22 de marzo de 1732 el papa Clemente XI, concedió por toda su religion rezo y misa, todo propio del Santo con rito de primera clase, y con octava; trasladando ó anticipando el dia de su fiesta, y mandando que de allí en adelante se celebrase en el dia 24 de noviembre, así como antes se celebraba á los 14 de diciembre, dia en que murió: lo cual se hizo para que se pudiese rezar con octava; porque desde el dia 17 de diciembre hasta el dia de Navidad, segun las rúbricas del breviario romano, deben cesar todas las octavas.

#### SAN CRISÓGONO, MÁRTIR.

Las actas de este santo mártir nada nos dicen de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de lo que hizo en su primera juventud. Todo lo que por ellas podemos saber es, que tenia un gran zelo de la gloria del Señor, y que estimulado fervorosamente de él, inspiró en Sta. Anastasia un gran fondo de virtud. Fué preso en la sangrienta persecucion de Diocleciano, y estuvo dos años en la cárcel padeciendo incomodidades que no se pueden explicar.

Son los trabajos como el elemento de los santos, donde se alimenta su virtud, se perfecciona y se aumenta. Adoran á un Dios crucificado, y nunca están mas contentos que en el fuego y en el crisol de las pruebas. No pueden dar al Señor pruebas mas sensibles ni mas fuertes de su amor que padecer mucho por él. Hallóse Crisógono en el caso de esta dolorosa prueba; pero su amor, fortalecido con la misma tribulacion, se sustentaba de las cruces y de los trabajos, velando siempre sobre el santo mártir la amorosa atencion de la divina Providencia. Estaba encerrado en un oscuro calabozo; pero siendo, respecto de Dios, las tinieblas como la luz, al mismo calabozo bajó el Señor con él, y se declaró su protector en medio de las cadenas, disponiendo que Anastasia le fuese á visitar algunas veces para consolarle y para socorrerle en sus necesidades, no solo con abundancia, sino con un corazon tan tierno y tan bizarro, que el cariño escedia á la liberalidad. Pero como su marido, llamado Público, hombre de genio feroz y ciegameute adherido al culto de los idolos, la hubiese encerrado en su casa, sin dejarla libertad para salir, se vió precisada á interrumpir aquella caritativa comunicacion; sin otro arbitrio para consolarse con el santo mártir, que corresponderse por cartas. La primera que le escribió fué en estos términos:

«Al santo confesor de Cristo Crisógono: Anastasia. No ignoras, bienaventurado confesor, que aunque mi padre fué gentil, mi madre fué cristiana, y que juntado á la religion una castidad constante, desde la cuna me crió en la verdadera fe. Despues de muerta mi madre me casaron con un hombre impío, cuya compañía, gracias á Dios, he podido evitar con pretexto de indisposicion. Procuro seguir, cuanto me es posible, las pisadas de mi Señor Jesucristo. Este hombre cruel, que come mi hacienda con los idólatras, me trata como una hechicera, y me tiene encerrada con tanta crueldad, que no dudo me quite la vida. En este estado, muy gustoso para mí, pues no tengo mayor gozo que morir por Jesucristo, una sola cosa me aflige, y es ver gastar con hombres malvados los bienes que yo habia consagrado al servicio del Señor. Por eso te suplico, siervo de Dios, le pidas en tus oraciones, que si este hombre se ha de convertir, le conserve la vida; pero si ha de perseverar en su malicia y en su infidelidad, le saque de este mundo; pues á él mismo le tendrá mas cuenta morir desde ahora, que continuar en sus blasfemias contra el Hijo de Dios, y en la crueldad que ejercita con los que le sirven. Jesucristo me es testigo, que en viéndome libre de su tiranía, volveré á visitar á los mártires, y á proveerlos de todo lo que necesitaren.»